

sato vuelo; necesitaba, en fin, que el hombre no pusiera en aquellos campos más muestras de su industria y de su ciencia que los patriarcales molinos de viento, á los cuales sólo el lenguaje faltaría para ser colosos, inquietos y furibundos, que desde lejos llaman y espantan al viajero con sus gestos amenazadores.

VII

Así es la Mancha. Al atravesarla no podía menos de acordarme de D. Quijote, cuya lectura estaba fresca en mi imaginación. Durante nuestras jornadas nos aburríamos bastante, menos cuando Santoreaz nos contaba algún extraordinario suceso de los que en lejanos países había presenciado. Una vez nos dejó con la boca abierta contándonos la fiesta de la coronación de Bonaparte, con todos sus pelos y señales, y otra vez nos puso los cabellos de punta refiriendo la más famosa batalla de las muchas en que se había encontrado. Cuando lo contaba íbamos caballeros en sendos machos que nos facilitaron por poco dinero unos arrieros de Villarta, y no estoy seguro de si habíamos traspasado ya el término de Puerto Lápiche ó íbamos á entrar en él. Lo que sí recuerdo es que por huir del calor emprendimos nuestra jornada mucho antes de la salida del sol, y que la noche estaba brumosa,

el cielo encapotado y sombrío, la tierra húmeda á consecuencia del fuerte temporal de agua que descargara el día anterior.

Debo indicar el paisaje que teníamos delante, porque no menos que la pintoresca relación de Santoreaz, contribuyó aquél á impresionar mis sentidos. El camino seguía en línea recta ante nosotros; á la izquierda elevábanse unos cerros cuyas suaves ondulaciones se perdían en el horizonte formando dilatadas curvas; en el fondo y muy lejos se alcanzaba á ver una colina más alta, en cuya falda parecían distinguirse las casas de un pueblo; á la derecha el suelo se extendía completamente llano, y en su inmensa costra la tarda corriente de un arroyo y el agua de la lluvia formaban multitud de pequeños charcos, cuyas superficies, iluminadas por la luna, ofrecían á la vista la engañosa perspectiva de una gran ciénaga ó pantano. He hablado de la luna, y debo añadir que aquel astro, desfigurador de las cosas de la tierra, prestaba imponente solemnidad al desnudo y solitario paisaje, esclareciéndolo ó dejándolo á oscuras alternativamente, según que daban paso ó no á sus pálidos rayos los boquetes, desgarrones y acribilladuras de las nubes.

Santoreaz, después de un rato de silencio y meditación, contuvo su cabalgadura, paróse en mitad del camino, y contemplando con cierto arrobamiento el horizonte lejano, las colinas de la izquierda y los charcos de la derecha, habló así:

— Estoy asombrado, porque nunca he visto

dos cosas que tanto se parezcan como este país á otro muy distante donde me encontraba hace tres años á esta misma hora, en la madrugada del 2 de Diciembre. ¿Es mi imaginación la que me reproduce las formas de aquel célebre lugar, ó por arte milagroso nos encontramos en él? Gabriel, ¿no hay enfrente y hacia la derecha unos grandes pantanos? ¿No se ven á la izquierda unos cerros que terminan en lo alto con un pequeño bosque? ¿No se eleva delante una colina en cuya falda blanquea un pueblecillo? Y aquellas torres que distingo al otro lado de dicha colina ¿no son las del castillo de Austerlitz?

Marijuán y yo nos reímos, diciéndole que se le quitaran de la cabeza tales cosas, y que si bien lo de los charcos era cierto, por allí no había ningún castillo de Berlín ni nada parecido. Pero él, poniendo al paso la cabalgadura y mandándonos que le siguiéramos uno á cada lado, continuó hablando así:

—Muchachos, no puedo olvidar aquella célebre jornada, que llamamos de los Tres Emperadores, y que es sin duda la más sangrienta, la más gloriosa, la más hábil con que ha ilustrado su nombre el gran tirano, ese hombre casi divino, á quien ahora puedo nombrar á boca llena, porque no nos oyen más que el cielo y la tierra. Os contaré, muchachos, para que sepáis lo que es el hacha de la guerra en manos de ese leñador de Europa. Yo me hallaba en París sin recursos, después de haber sido sucesivamente maestro de latín, pintor de muestras, corista en Ventadour, espadachín,

servidor de los emigrados de Coblenza, postillón de diligencias, carbonero y cajista de imprenta, cuando senté plaza en el ejército de Boulogne, destinado á dar un golpe de mano contra Inglaterra... Cuando el Emperador nos trasladó de improviso, sin revelar su pensamiento, al centro de Europa, estábamos un tanto amoscados, porque las violentas marchas nos mortificaban mucho, y como éramos unos zopencos, no comprendíamos los grandes planes de nuestro jefe. Pero después de la capitulación de Ulm, nos creíamos los primeros soldados del mundo, y al hablar de los prusianos y de los rusos, nos refamos de ellos, juzgándoles hasta indignos de nuestras balas. Cuando pasamos el Inn, ya presumíamos que se preparaban grandes cosas: al internarnos en la Moravia, después de la acción de Hollabrunn, comprendimos que el ejército ruso-austriaco nos iba á presentar batalla formal. Lo que no estaba reservado á nuestras cabezas era el discurrir si tomaríamos la ofensiva ó si operaríamos á la defensiva. Pero la gran cabeza, aquélla que tiene un mechón en la frente y el rayo en el entrecejo, lo iba á decidir bien pronto.

A este punto llegaba, cuando el camino por que marchábamos torció hacia la derecha, describiendo una gran vuelta, de modo que formaba ángulo recto con su primitiva dirección. Santorcaz, nuevamente alucinado con aquello que parecía para él extraordinaria coincidencia, prosiguió así:

—¿Pero no es éste el camino de Olmutz? Ga-

bríel, ó esto es aquello mismo, ó se le parece como una gota á otra gota. Mira, ahora tenemos enfrente los pantanos de Satzchan y á nuestra izquierda la colina de Pratzén. Mira hacia allá. ¿No se oye ruido de tambores? ¿No se ven algunas luces? Pues allí están los rusos y los austriacos. ¿Sabes cuál es su intención? Pues quieren cortarnos el camino de Viena, para lo cual tendrán que bajar de la colina de Pratzén y situarse entre nuestra derecha y los pantanos. ¡Mira si son estúpidos! Eso precisamente es lo que quiere el Emperador, y todo lo dispone de modo que parezca que nos retiramos hacia Viena. Figúrate que aquí está nuestro ejército, compuesto de setenta mil hombres, cuyo inmenso frente ocupan todas las colinas de la izquierda, el camino y parte de la llanura que hay á la derecha. El Emperador, después de llenarse las narices de tabaco, sale á media noche á recorrer el campo y observar los movimientos del enemigo. ¿Veis? por allí va. ¿No se oyen las pisadas de su caballo y los gritos de entusiasmo con que le saludan los soldados? ¿No se ve el resplandor de las hogueras que encienden á su paso? ¿Pero ustedes no ven todo esto? ¡Bahl! Es ilusión mía; pero de tal modo aviva mis recuerdos la similitud del paisaje, que me parece ver y oír lo que estoy contando... Pero querréis saber cómo fué que vencimos á los rusos y á los austriacos, y os lo voy á referir. Al amanecer, ¡oh, chiquillos! los rusos bajaban maquinalmente por aquella alta colina de enfrente, con objeto de venir hacia nuestra derecha para

cortarnos el camino. No olvidéis que aquí delante tenemos un arroyo que viene serpenteando de izquierda á derecha hasta perderse en los pantanos. El Emperador manda que la derecha pase el arroyo, y verificado esto, los rusos la atacan. El centro, mandado por Soult, y la izquierda por Lannes, ansiaba entrar en fuego; pero el Emperador contenía el ardor de aquellos Generales, para aguardar á que los rusos acabasen de cometer el desatino de bajar de las alturas de Pratzén para meterse en la madre del arroyo de Golbasch. Os explicaré bien. Allá, en lontananza y al pie de la loma, están las aldeas de Telnitz y Sokolnitz...

—Si aquí no hay tales aldeas, señor,—interrumpió Marijuán, indócil á la mixtificación.

—Necio, ¿querrás callar?—continuó el francmasón.—Yo sé lo que me digo, y es que todo el afán de Napoleón, después que vió bajar á los rusos, consistía en tomar aquellas aldeas para apoderarse luego de la loma que tenemos enfrente. ¿No le veis? Pues bien: los Generales Soult y Lannes partieron al galope para dirigir las operaciones del centro y de la izquierda. Yo pertenecía al centro, y estaba en el 17.º de línea y á las órdenes de Vandamme. Avanzamos hacia el arroyo: ¿veis? fuimos por aquí á toda prisa.

—Si aquí no hay tal arroyo—dijo Marijuán riendo.—Usted sí que tiene la cabeza llena de arroyos y aldeas, y derechas é izquierdas.

—Llegamos á la aldea de Telnitz y allí comenzó el ataque—continuó imperturbable—

mente Santorcaz. — En la loma quedaban todavía veintisiete batallones de infantería rusa y austriaca, mandados en persona por los dos Emperadores y por el General en jefe ruso Kutusof. ¡Ah, muchachos, si hubiérais visto aquello! Mirad hacia enfrente, pues desde aquí se distingue muy bien la posición que respectivamente teníamos: ellos encima, nosotros debajo... Al principio nos acribillaban; pero Soult nos mandó subir á todo trance, y subimos desafiando la lluvia de balas. Para ayudarnos, el General Thiebault, de la división de Saint Hilaire, refuerza nuestra derecha con doce piezas de artillería, que, bien disparadas, hacen grandes claros en las filas contrarias. Éstas tienen al fin que retroceder al otro lado de la loma. ¿Veis aquel repecho que hay á la izquierda? Pues allí fué el 17.º de línea. Piquemos nuestras cabalgaduras, y nos hallaremos en el mismo sitio. Estúpidos, ¿no os entusiasmaís con estas cosas? Mira, Gabriel, ya estamos subiendo: ésta es la loma que veíamos desde lejos; este repecho que mirais á la izquierda, es el repecho de Estari-Winobradi, á donde el General Vandamme nos condujo. ¿Pero creéis que era cosa de juego? El repecho estaba defendido por numerosas tropas rusas y una formidable artillería. La cosa era peliaguda; pero cuando los generales dicen *adelante, siempre adelante*, no es posible resistir, y aunque del 17.º de línea no quedamos más que la tercera parte para contarlos, ayudados por el 21.º de ligeros tomamos al fin el repecho, apoderándonos de la artillería. Los

rusos se desbandaron por el otro lado de la loma, dirigiéndose hacia aquel caserío que á lo lejos clarea, á la luz de la luna, y que no es otro que el castillo de Austerlitz.

Marijuán reventaba de hilaridad. Yo á mi vez no pude menos de hacer alguna observación al narrador, diciéndole:

—Sr. de Santorcaz, allá no se ve ningún castillo, como no sea que se le antoje fortalecer la cabaña de algún pastor de ovejas, únicos rusos que andan por estos lugares.

—Tú sí que no sabes lo que te dices—prosiguió Santorcaz, deteniendo su macho en medio del camino. — Os seguiré contando. Mientras los del centro hacíamos lo que habéis oído, allá por la izquierda, en esa tierra llana que tenemos á este lado, la caballería cargaba portentosamente al mando de Lannes y Murat. Francamente, rapaces, de esto poco os puedo hablar, porque caí herido: por un buen rato se me pusieron telarañas ante los ojos, y mis oídos no percibían sino un vago zumbido. Pero ahí, hacia la derecha, se remataba á los rusos y austriacos del modo más admirable. ¿No veis los pantanos de Satzchan? A lo lejos brilla su engañosa superficie: están helados, y los rusos, impelidos por Soult, se precipitan sobre ellos. En el acto, el Emperador manda que la artillería de la Guardia dispare algunos cañonazos sobre el hielo para que se hunda, y entre los desmenuzados cristales caen al agua dos mil rusos con sus cañones, caballos, pertrechos, armas, municiones y carros, precipitándose confusamente, sin

que sus compañeros les prestaran socorro, porque no pensaban más que en huir, y huyendo se ahogaban, y quedándose morían barridos por la metralla francesa. ¡Qué espantoso desastre para aquella pobre gente, y qué gran victoria para nosotros! Estábamos locos de entusiasmo. ¡Pero qué veo! Gabriel, y tú, Marijuán, ¿no os entusiasmáis? Sois unos gazaños. Aquello fué prodigioso. Sólo entramos en fuego cuarenta mil hombres, y merced á las hábiles disposiciones del gran tirano, derrotamos á noventa mil aliados, matándoles ó ahogando quince mil, cogiendo veinte mil prisioneros y ciento veinte cañones. ¿No había motivo para que nos volviéramos locos con nuestro jefe? ¡Ah, muchachos, si hubiérais estado allí cuando recorrió el campo de batalla mandando recoger los heridos! Creo que hasta los muertos se levantaban para gritar «¡viva el Emperador!» y cuando á la noche siguiente encendimos una gran hoguera en este mismo sitio donde ahora estamos, y vino él á situarse allí enfrente para recibir al Emperador de Austria, parecía un dios rodeado de aureola de fuego y teniendo al alcance de su mano los rayos con que destruía tronos y reyes, imperios y coronas.

Marijuán y yo nos reíamos; pero pronto nos fué forzoso disimular nuestra hilaridad, porque habiendo preguntado el joven aragonés con mucha sorna que cuál fué la ventaja sacada de tal lucha, Santorcaz se amoscó, y amenazando castigarnos si no nos entusiasmábamos como él, nos dijo:

—Mentecatos, podencos, ¿acaso la paz y Tratado de Presburgo es paja? Prusia quedó aliada de Francia, perdiendo Austria el apoyo de su hermana. Austria abandonó á Francia el Estado de Venecia y cedió el Tirol á Baviera, reconociendo al mismo tiempo la soberanía de los electores de Baviera, Wurtemberg y Baden, después de pagar á Francia cuarenta millones de indemnización de guerra. Al mismo tiempo, pedazos de alcornoque, por el Tratado de Schönbrunn, Francia cedió á Prusia el Hannover, Prusia cedió á Baviera el marquesado de Anspach y á Francia el principado de Neufchatel y el ducado de Cleves.

Marijuán y yo volvimos á mirarnos y nos volvimos á reír, lo cual, advertido por Santorcaz, fué causa de que éste nos sacudiera un par de latigazos que, á ser repetidos, nos habrían obligado á defendernos, haciendo allí mismo un segundo Austerlitz. Más bien estábamos para burlas que para veras, y Marijuán especialmente no dejaba pasar coyuntura en que pudiera zaherir á nuestro compañero. Como acercáramos á encontrar un rebaño de ovejas y cabras, dijo el aragonés:

—Apartémonos aquí junto al charco para ver de derrotar á estos austriacos y rusiacos, que vienen mandados por el tío Parranelof, emperador del Zurrón y rey de los guarros, y subamos á la loma de la Panza para quitarles la artillería y hacerles meter en el castillo.

Yo en tanto, acordándome de D. Quijote, contemplaba el cielo, en cuyo sombrío fondo

las pardas y desgarradas nubes, tan pronto negras como radiantes de luz, dibujaban mil figuras de colosal tamaño, con esa expresión que, sin dejar de ser cercana á la caricatura, tiene no sé qué sello de solemne y pavorosa grandeza. Fuera por efecto de lo que acababa de oír, fuera simplemente que mi fantasía se hallase por sí dispuesta á la alucinación, que siempre produce un bello espectáculo en la solitaria y muda noche, lo cierto es que ví en aquellas irregulares manchas del cielo veloces escuadrones que corrían de Norte á Sur, y en su revuelta masa las cabezas de los caballos y sus poderosos pechos, pasando unos delante de otros, ya negros, ya blancos, como disputándose el mayor avance en la carrera. Las recordaduras, varias hasta lo infinito, de las nubes hacían visajes de distintas formas: ví colosales sombreros ó morriones con plumas, penachos, bandas, picos, testuces, colas, crines, garzotas; aquí y allí se alzaban manos con sables y fusiles, banderas con águilas, picas, lanzas, que corrían sin cesar; y al fin, en medio de toda esa baránda, se me figuró que aquellas mil formas se deshacían, y que las nubes se conglomeraban para formar un inmenso sombrero apuntado de dos candiles, bajo el cual los difuminados resplandores de la luna como que bosquejaban una cara redonda y hundida entre altas solapas, desde las cuales se extendía un largo brazo negro, señalando con insistente firmeza el horizonte.

Yo contemplaba esto, preguntándome si la terrible imagen estaba realmente ante mis ojos,

ó dentro de ellos, cuando Santorcaz exclamó de improviso:

—Miradle, mirad'e allí. ¿Le veis? ¡Estúpidos! ¡Y queréis luchar con este rayo de la guerra, con este enviado de Dios que viene á transformar á los pueblos!

—Sí, allí lo veo —exclamó Marijuán, riendo á carcajadas.—Es D. Quijote de la Mancha que viene en su caballo, y tras él Sancho Panza en burro. Déjenlo venir, que ahora le aguarda la gan paliza.

Las nubes se movieron, y todo se tornó en caricatura.

VIII

El sol no tardó en salir aclarando el país y haciendo ver que no estábamos en Moravia, como vamos de Brunn á Olmutz, sino en la Mancha, célebre tierra española.

El pueblo donde paramos á eso de las ocho de la mañana era Villarta; y dejando allí nuestros machos, tomamos unas galeras que en nueve horas nos hicieron recorrer las cinco leguas que hay desde aquel pueblo á Manzanares: ¡tal era la rapidez de los vehículos en aquellos felices tiempos! Cuando entrábamos en esta villa al caer de la tarde, distinguimos á lo lejos una gran polvareda, levantada al parecer por la marcha de un ejército, y dejando

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1926 MONTERREY, MEXICO

los perezosos carros, entramos á pie en el pueblo para llegar más pronto, y saber qué tropas eran aquéllas y á dónde iban.

Allí supimos que eran las del General Ligier-Belair, que iba en auxilio del destacamento de Santa Cruz de Mudela, sorprendido y derrotado el día anterior por los habitantes de esta villa. En la de Manzanares reinaba gran inquietud; y una vez que los franceses desaparecieron, ocupábanse todos en armarse para acudir á socorrer á los de Valdepeñas, punto donde se creía próximo un refuero combate. Dormimos en Manzanares, y al siguiente día, no encontrando ni cabalgaduras ni carro alguno, partimos á pie para la venta de la Consolación, donde nos detuvimos á oír las éstupendas nuevas que allí se referían.

Transitaban constantemente por el camino paisanos armados con escopetas y garrotes, todos muy decididos, y según la muchedumbre de gente que hacia Valdepeñas acudía, en Manzanares y en los pueblos vecinos de Membrilla y la Solana no debían de quedar más que las mujeres y los niños, porque hasta los inútiles viejos acudían á la guerra. Por último, resolvimos asistir nosotros también al espectáculo que se preparaba en la vecina villa, y poniéndonos en marcha, pronto recorrimos las dos leguas de camino llano. Mucho antes de llegar divisamos una gran columna de humo que el viento difundía en el cielo. La villa de Valdepeñas ardía por los cuatro costados.

Apretando el paso, oímos ya cerca del pueblo prolongado rumor de voces, algunos tiros

de fusil, pero no descargas de artillería. Bien pronto nos fué imposible seguir por el arrecife, porque la retaguardia francesa nos lo impedía, y siguiendo el ejemplo de los demás paisanos, nos apartamos del camino, corriendo por entre viñas y sembrados, sin poder acercarnos á la villa. En esto vimos que la caballería francesa se retiraba del pueblo, ocupando el llano que hay á la izquierda, y al mismo tiempo el incendio tomaba tales proporciones, que Valdepeñas parecía un inmenso horno. Los gritos, los quejidos, las imprecaciones que salían de aquel infierno llenaban de espanto el ánimo más esforzado.

Al punto comprendimos que el interior del pueblo se defendía heroicamente, y que el plan de los franceses consistía en apoderarse de los extremos, incendiando todas las casas que no pudiera ocupar. De vez en cuando, un estruendo espantoso indicaba que alguno de los endebles edificios de adobes había venido al suelo, y el polvo se confundía en los aires con el humo. Los escombros sofocaban momentáneamente el fuego; pero éste surgía con más fuerza, cundiendo á las casas inmediatas. Al fin pareció que todo iba á cesar, y, según dijeron los que estaban cerca, habfan salido del pueblo algunos hombres á conferenciar con el General francés. Mucho tiempo debieron de durar las conferencias, porque no vimos que éstos se retiraran ni que concluyese el ruido y algazara en el interior; pero al cabo de largo rato un movimiento general de la multitud nos indicó que algo importante ocurría. En efecto: los fran-

ceses, replegando sus caballos en la calzada, retrocedían hacia Manzanares.

Cuando entramos en Valdepeñas, el espectáculo de la población era horroroso. Parece increíble que los hombres tengan en sus manos instrumentos capaces de destruir en pocas horas las obras de la paciencia, de la laboriosidad, del interés, fuerzas acumuladas por el brazo trabajador de los años y los siglos. La calle Real, la más grande de aquella villa, y, como si dijéramos, la columna vertebral que sirve á las otras de engaste y punto de partida, estaba materialmente cubierta de jinetes franceses y de caballos. Aunque la mayor parte eran cadáveres, había muchos gravemente heridos que pugnaban por levantarse; pero clavándose de nuevo en las agudas puntas del suelo, volvían á caer. Sabido es que bajo las arenas que artificiosamente cubrían el pavimento de la vía, el suelo estaba erizado de clavos y picos de hierro, de tal modo que la caballería iba tropezando y cayendo conforme entraba, para no levantarse más.

A la calle se habían arrojado cuantos objetos mortíferos se creyeron convenientes para hostilizar á los dragones, y aun después del combate surcaban la arena turbios arroyos de agua hirviendo, que, mezclada con la sangre, producía sofocante y horrible vapor. En algunas ventanas vimos cadáveres que pendían con medio cuerpo fuera, apretando aún en sus crispados dedos la hoz ó el trabuco. En el interior de las casas que no eran presa de las llamas, el espectáculo era más lastimoso, por-

que no sólo los hombres, sino las mujeres y niños, aparecían cosidos á bayonetazos en las cuevas, y si se trataba de entrar en alguna casa, por dar auxilio á los heridos que lo habían menester, era preciso salir á toda prisa, abandonándoles á su desgraciada suerte, porque el fuego, no saciado con devorar la habitación cercana, penetraba en aquella con furia irresistible.

En resumen, franceses y españoles se habían destrozado unos á otros con implacable saña; pero al fin aquéllos creyeron prudente retirarse, como lo hicieron, no parando hasta Madridejos. Cuando Santorcaz, Marijuán y yo seguimos nuestra marcha, para hacer noche en Santa Cruz de Mudela, el espíritu de los valerosos paisanos de Valdepeñas no había decaído, y tratando de reparar los estragos de aquella sangrienta jornada, parecían capaces de repetirla al siguiente día.

De lejos y al caer de la tarde distinguíamos la columna de humo, cubriendo el cielo de vagabundas y sombrías ráfagas, y el aragonés y yo no pudimos menos de maldecir en voz alta y expresivamente al tirano invasor de España. Contra lo que esperábamos, Santorcaz no nos contestó una palabra, y seguía su camino profundamente pensativo.